El Rito Ancestral

Sebastián Celtigar

Image not found.

Capítulo 1

Desde mi casa allá en el pueblo, hasta el boliche aquí en la ciudad me vine pensando en las tías. Mi papá me trajo a tironazos y la amenazante hebilla en el cinto de cuero. Yo no quería venir, sabía a lo que iba y me invadía el miedo.

Cuando cumplí los quince me viejo me dio de beber de su copa un tinto agridulce que me costó tragar. A los dieciséis, ya me servía a la par con él, y no es que me gustara tomarlo, pero se enojaba si no hacían lo que él quería. Ese mismo día de mi cumpleaños, me dijo que a fin de mes, iríamos a ver a unas tías en la ciudad <<*no sabía que tenía familia por allá*>>. Les conté a mis amigos del viaje que iba a pegarme, y ellos se rieron de la poca inocencia que me quedaba. *Vay' a ir a una casa de putas* - me dijeron – *a mis hermanos mayores ya los llevaron para allá*- en ese momento volví a mi casa desconcertado, y me encerré en mi cuarto con mucho miedo, sin querer ver a nadie.

Al día siguiente, me senté en la mesa y como de costumbre me comí todo lo que mi viejita nos había preparado a nosotros, a los hombres de la casa, y es que cada pelá y amasá lo hacía con tanto amor. Pero ahí estaba mi viejo, comiendo con el ceño fruncido, reclamando solo y apurando las cosas, él creía que mi mamá era una china, de esas que trabajan en las casas patronales de los huasos que viven a la bajada de la cordillera.

Llegó el día, y mi viejita salió a despedirme, me dio un beso en la mejilla y me miro profundo a los ojos, los tenia chiquititos con un brillo de tristeza que me pedían que me cuidara, y es que ella sabía para donde me llevaban, estaba acostumbrada a que el viejo se pegara una vuelta a la ciudad en cada fin de mes. Pero ahora diferente, él no iba solo, me llevaba a mí, al igual que su papá lo llevó a él cuando era joven.

De camino a la ciudad me dice- *esto es un rito ancestral, todo padre tiene que servirle la primera caña y la primera puta a su hijo.* Lo miraba y estaba feliz, tenía una cara burlona que me daba rabia, así que le dije que no quería ir, y sin esperar respuesta retorné mi marcha camino a casa. Sin mirarlo, siento sus pasos por detrás, y de una sola patá me tira al suelo, en la tierra lo miro y estaba endemoniado, y con la mano en la hebilla me dice- *¡erí maraco que no querí ir!*- no era el momento, respondí. Me levantó de un ala y tuve que seguir caminando.

Primera vez que veía el boliche, tenía un cartel verde en el frente, con el logo de una cerveza. Era una casa roñosa, con un largo pasillo hacia el fondo, caminé por ahí y vi a dos huasos meando en una pared que emanaba un olor a desagüe. Mis pasos me guiaron a una sala en donde los boleros se escuchan a todo volumen y los curados los cantaban con el

alma, acompañados de una garrafa de tinto en la mesa. Había otros con sus caras rojas, se les notaba que el tinto había hecho efecto, porque entre abrazos discutían entre ellos, una muestra de amor y odio en un solo plano. Otros apoyados en una barra larga conversaban con la dueña, una señora de pelo blanco adornada de joyas, que servía cañas y estaba en la caja.

Cuando entramos en la sala, nos recibió una vieja que no tenía dientes arriba, pero ese no fue motivo para sonreírme y darme la bienvenida, a mi viejo no lo saludo, parecía que ya se conocían. Mi papá tenía todo planeado, fue a buscar las caña de tinto, y aprovecho de conversarle al oídio de la señora de pelo blanco, discutieron un rato, pero al final mi padre le pasó un billete y lo único que pude escuchar fue- *tení que esperar un rato porque está ocupa'*-.

Mientras esperábamos, mi viejo mando a cambiar la música por unas rancheras, todos entre gritos lo celebraron, algunos alzaron sus vasos y otros se pararon directo a bailar el corrido pegaditos a sus parejas. Él se tomó la caña del tinto al seco, y tironeó a la vieja sin dientes para que lo acompañara al centro de la sala. Yo miraba desde el fondo, como la nube de humo por el cigarro se alzaba entre las parejas de bailes, y mi padre bailando apretado se le desviaba sus manos por debajo de la ropa de la señora. Lo veía sonreír, le tiraba besos, y la invitaba a tomar las cañas que ella quisiera << *¿Por qué no es así en la casa? ¿Por qué no es amoroso con mi viejita si ella tanto lo quiere?*>>. Mientras más pasaban las horas, me daba asco todo: el olor, la gente, la música, el suelo pegajoso, y el humo del cigarro encapsulado en la sala. Me sentí ahogado, y al primer descuido de mi viejo me largué a un patio que había atrás, en donde habia otra casa, pero esta era más grande y estaba hecha de puros pedazos de madera que habían sobrado de otra construcción. Me senté un rato, cuando veo salir a un huaso acomodándose su pantalón, y detrás venía una lola de no más de treinta años, con la melena teñida de rojo intenso y un rostro redondo demacrado por el copete, me mira y con un desprecio me ignora de inmediato. Se dirigió a *pechar* cigarros a unos huasos que hacían fila para el baño, y con besitos y agarrones en el poto, se ganaba cada pitillo.

La Dueña en la barra, le silva a dos dedos y le apunta en dirección hacia donde estaba yo. Se acercó, y en ese breve camino aprovechó de sacar un rouch de su cartera cruzada para darme un beso en la mejilla. Me llevo a una pieza obscura dentro de la casa, y adentro me lanzo sobre una cama ajena, en donde el olor a sexo y cigarrillo aún estaban vivos. Se sacó su polera de una sin pudor alguno, y en un acto de voyerismo asqueroso, me comienza a bailar por encima del pantalón. No la quería mirar pero ella seguía un juego de seducción. Me regaló mi primer beso, en un enredo de saliva, licor y humo. Me tiró hacia atrás, y tuve que entrar en una sabanas sucias que aun olían al cuerpo de otro hombre, se tira encima mío, y con un baile de caderas se movió para mí, se cansó al

rato y se echó en la cama – *ahora tú*- me dice, y abriendo sus piernas me invita a pasar, pero yo aún asustado, no sabía, ni como, ni por donde pasar…

Le hice la pega fácil, y es que era lógico que le pegaban por servicio realizado, no por horas. Salió rápido de la pieza y me dejo un calzón en la cama – *un recuerdo mío*- y con un beso al aire se despidió sin mirarme.

Así fue la primera vez de este pendejo con una puta indiferente. Que mala suerte tuve ese día, empezando porque ella no trabajaba por amor al arte, más bien por el amor a los pocos pesos. Después lo días empeoraron, empecé a rascarme en el entrepierna y a la semana no aguanté, le dije a mi viejita que me diera una crema para la picazón, pero no sirvió de nada. El rasqueteo seguía y me tuvieron que llevar para la posta, ahí se preocuparon y me derivaron pal hospital de la ciudad. Allá me dijeron que me iban a hacer un test de Elisa, y que estuviera tranquilo, me decía la enfermera ignorando la mirada con una mascarilla.

Hoy volví al hospital, mi vieja pregunto en la recepción donde me darían los resultados del examen, la secretaria, muy descortés le apunta a la derecha pal' fondo, al pasillo donde nadie quiere ir. Me senté en una banca al lado de una mujer con care' de hombre que llevaba puesta una peluca de cumpleaños, al frente unas mujeres pálidas con el rostro cadavérico me miraban con asombro, luego entendí que la muerte ya posaba en sus caras, esperaban el remedio para el tratamiento, para esa enfermedad que les perturbaba el alma. En una larga espera, me llaman por mi nombre, me levanto y aprovecho de mirar a mi vieja, y aquellas mujeres que esperan en esa triste y fría sala del hospital, pensé en los recuerdos del boliche, en la meretriz indiferente, en el cariño de mi vieja, y en rito de mi padre. Yo no podía pagar por el error de otro.